Su gozo, el padecer

Las obras de dos Santas —de Santa Teresa de Jesús y de Santa Catalina de Sena— fueron su lectura espiritual predilecta, hasta llegar a ser sus guías y maestras del espíritu. El «padecer y no morir» parece su lema. Su deseo es seguir a Cristo Nuestro Señor crucificado, su Divino Esposo, mediante desprecios, trabajos, dolores, enfermedades y todo género de padecimientos; y Dios le concede esta gracia, porque en verdad toda su vida es un poema de amor y de sufrimiento. Padece calenturas continuas, dolores de estómago, dolores de cabeza, de piernas; tiene hidropesía con insaciable sed y flujos de sangre por la boca, y un dolor tan intenso de costado que ella decía que le quitara la vida si su duración fuera más de un cuarto de hora.

Al ser atacada Mariana de la enfermedad de *hidropesía* le tocó padecer mucho, a causa de la continua sed que provoca tal dolencia. Pero, de esta sed —uno de los tormentos más crueles— se valió Mariana para hacer más meritoria aún su mortificación.

Así, en lo más agudo de la sed, cuando ésta le acuciaba más, se consolaba a su manera imaginando fuentes y ríos; escuchaba el ruido de una acequia cercana y bendecía el agua, «la hermosa agua» como la llamaba el Seráfico San Francisco de Asís. Cuando llovía, salía a los corredores de la casa y se complacía en contemplar cómo se refrescaba la Naturaleza con aquel benéfico riego. Iba a veces a una gran tinaja que tenían, y con un jarro sacaba agua y la derramaba, sin probarla para nada, haciendo un chorrito una y repetidas veces, y después volvíase al aposento o celda. Cuando estuvo más hidrópica se estuvo hasta tres meses sin probar ni una sola gota de agua. Tal

fuerza de carácter y heroica resistencia sólo podía ser cosa de un milagro de Dios en favor de su Santa.

El ayuno fue en ella cosa natural. Admira a su madre con sus infantiles ayunos a los cuatro años. A los seis, sus pocas ganas de comer preocupan seriamente a sus tutores, don Cosme y doña Jerónima. A los ocho años ayuna a pan y agua. Tiene once años y es un portento; no prueba bocado desde el Miércoles Santo a mediodía hasta el Domingo de Pascua. Ya en el retiro de su celda, sólo come en sus comienzos de quince a veinte días al mes, y después de este tiempo toma una rebanada de pan, que su delicado estómago vuelve a vomitar, como aseguraba en su sermón el Padre Alonso de Rojas.

Por obediencia, la obligan a comer cada ocho días; pero ¿qué comía?... Sólo una onza de pan, y aún le parece demasiado. Su estómago, acostumbrado a tan poco alimento, tampoco toleraba más.

Col cocida en agua pura, sin ningún condimento, fría y mezclada con hierbas amargas o ceniza —más bien un brebaje que comida— era muchas veces el alimento de Mariana.

Para mortificarse más, gustaba de servir a la mesa de don Cosme como una simple criada. ¡Con qué humildad y con qué

encanto servía a su familia! Después, confundida entre las criadas, en la cocina, fregaba las ollas y lavaba los platos... y ella no había comido nada.

Su encanto y gracia personal

Pero, tanta mortificación sabía disimularla muy bien Mariana con su semblante siempre sonriente, gracioso y juvenil, lleno de encanto. Porque adviértase que Mariana era de extremada hermosura, de lindo y agudo ingenio y apacible carácter. Todos los de su tiempo lo manifestaban así. El mismo Padre Morán de Butrón nos ha dejado esta descripción de ella:

«De rostro algo abultado, pero en proporción agradable, apacible, cariñoso y de color muy blanco; ojos negros, grandes y rasgados; frente muy espaciosa, ni demasiado estrecha; cejas negras, tendidas y pobladas; mejillas teñidas de un dulce rosado; nariz delgada con moderación y boca pequeña.»

Era también un milagro que sus increíbles penitencias y mortificaciones no se reflejaran en su rostro, que parecía por el contrario cobrar mayor lustre y lozanía. Catalina de Alcocer, que fue su ama de leche, dice de Mariana que era hermosa de rostro y rosada, gordita, con chapas de color, y que esta lozanía le duró hasta la muerte. Un religioso agustino afirma de ella haberla visto con el rostro abultado y de buenos colores, *a pesar de sus mortificaciones y penitencias*. Y la Madre Andrea de la Trinidad decía: «Mariana es hermosa de rostro, virtuosa, recogida y modesta».

Una santa alegre

Así, pues, con esta naturalidad tan propia de los Santos, Mariana alababa a Dios lo mismo en el dolor de sus penitencias y enfermedad como con sus cánticos y regocijos. No era en modo alguno una «santa triste». Desde niña había aprendido a leer, escribir, tocar la vihuela, la clave y la guitarra, y en todo resultó aventajada. Aprendió también a cantar, porque tenía muy buena voz, hermosa y sonora. La música formaba parte de su vida. Sabía entretener y recrear a los que la rodeaban con sus inspiradas composiciones y cánticos. Le gustaba contemplar el cielo en una noche estrellada. Conversando sobre él encendía en amor divino

a los demás, y cuando el lenguaje vulgar le parecía imperfecto para expresar sus hondas emociones, tomaba la vihuela, salía a los corredores de su casa o al patio de su típica morada española, y cantaba coplas como ésta:

Cristo Jesús amoroso,
Amorosísimo Cordero,
Con vestiduras nupciales
Sale enamorando al Cielo.

También era amiga de las flores. Su criada Catalina no faltaba los sábados a la iglesia de la Compañía de Jesús, llevando tres o cuatro ramilletes de flores a la imagen de Nuestra Señora de Loreto, que era una advocación de Nuestra Señora de los Ángeles.

Sabía consolar a sus pobres y enfermos enviándoles preciosos y fragantes ramilletes de flores. María de Miranda, en cama hacía cinco meses de la enfermedad que la llevaría al sepulcro, desea con insistencia ver a Mariana; pero ésta le manda recado diciendo que pronto se verán en el Cielo, y le envía un ramillete de claveles de gran fragancia y hermosura.

Modelo de juventud

La caridad de Mariana merecería un largo capítulo. ¡Cuánto se podría decir de su amor a los pobres! Bien lo sabían éstos, que sólo al verla mostraban sumo regocijo y contento. Todos representaban a Cristo para ella; por esto buscaba en seguida al más asqueroso y repugnante, limpiándole la cabeza, espulgándole los piojos y cuidándole como a un hermano.

Los pordioseros le arrojaban piedrecitas a la ventana de su habitación para que se asomara, y al punto bajaba a socorrerles. A veces las amigas de Mariana le mandaban *pucheros* (exquisitos platos de comida); pero ella sabía guardarlos para distribuir raciones entre los pobres.

Cuando la gente de su servicio se levantaba de madrugada para amasar el pan, Mariana salía también a ayudarles; y si alguien le decía que a ella no le estaba bien trabajar, replicaba:

—¿Cómo he de comer el pan de balde y permitir que ustedes solas trabajen?

—Pero si usted no come —le replicaban.

—No importa; por mí comen los pobres, a quienes reparto mi ración.

Los enfermos merecían también los especiales desvelos de Mariana. Les mandaba velas, pan, carbón, azúcar, todo cuanto podía; y como distinción y regalo especial —además de comida— ramilletes de flores, como hemos dicho antes.

Y por encima de la caridad material, cuida de la caridad espiritual con los ignorantes y gente humilde. Así, con sus criadas para ganarse su voluntad y enseñarles mejor el camino del Cielo se sentaba con ellas en santa camaradería y les explicaba la doctrina cristiana. Si alguna enfermaba, la asistía con cariño, le hacía la comida, le daba de comer, la acostaba y levantaba si era necesario, le barría el aposento, le arreglaba la cama, todo con gran humildad y caridad.

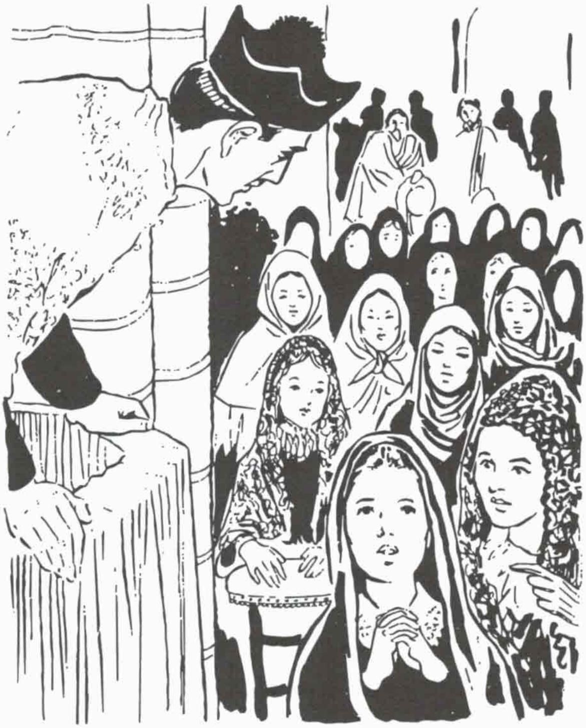
Juntaba a rezar muchachos y muchachas para explicarles luego los misterios de la santa Fe, y conseguía con sus buenas trazas que las gentes de su servicio confesaran y comulgaran a menudo.

Así hacía el bien en todas partes, material y espiritualmente. No se hizo monja; pero, *desde su casa* sirvió a Dios y al prójimo como pudiera haberlo hecho una religiosa.

«Te ofrezco mi vida por mi pueblo»

El año de 1645 fue de grandes calamidades para su país. Espantosos terremotos destruyeron la villa de Riobamba y hubo

miles de muertos. Más tarde la peste hizo más de doce mil víctimas. La ciudad de Quito estaba profundamente consternada por estos sucesos y hacía rogativas públicas de penitencia para pedir a Dios que cesaran tales calamidades.



Era el 26 de marzo de 1645 cuando el jesuita Padre Alonso de Rojas predicando en la iglesia de la Compañía, en un arranque de fervor ofreció públicamente a Dios su vida con tal de que cesaran aquellos castigos. Mariana, que se hallaba al pie del púlpito —como era su costumbre—, al oír estas palabras del predicador, juzgando que era necesaria al pueblo la vida del fervoroso jesuita, sin poderse contener, exclamó en voz alta:

—«¡Oh, Dios mío! ¡Yo te ofrezco mi vida por mi pueblo!»

Aceptó al punto Dios esta ofrenda; pues aquella misma tarde cayó enferma de tal gravedad que falleció dos meses después. Desde entonces cesaron totalmente los temblores de tierra y la epidemia. Todos vieron así la intercesión de aquella alma santa.

Tal es la vida de la que se ha llamado «Azucena de Quito». Mas, también os interesa saber de dónde le viene tal nombre. Mariana tenía una criada india a su servicio, *Catalina,* muy fiel y callada, la cual le limpiaba la habitación; y la sangre que la Santa derramaba voluntariamente con sus penitencias la recogía piadosamente Catalina y vertía en un rincón del jardín, siempre en el mismo hoyo. Un día —con la natural sorpresa—, de aquel pedazo de tierra que absorbía la sangre del voluntario

martirio de Mariana, brotó lozana y fresca una preciosa y fragante azucena. Hoy día se conservan todos estos recuerdos de la casa, patio y jardín —con gran veneración y estima de sus compatriotas ecuatorianos— de la gran Santa, elevada al honor de los altares por Pío XII el 9 de julio del Año Santo 1950.

La niña que vio a la «Señora»

(SANTA BERNARDITA SOUBIROUS)

Una tarde helada y gris, del 11 de febrero de 1858, dos niñas del arruinado molinero Francisco Soubirous y una amiguita llegaron en busca de leña para combatir el frío hasta el canal del molino de Savy, en el punto donde éste vierte sus aguas en la rápida corriente del río Gave —engrosado por los torrentes pirenaicos—, al pie de la roca de Massabielle.

Antoñita Soubirous —la menor— y Juanita Abadie se metieron al punto chapoteando en el agua, gritándole a Bernardita que estaba muy fría. Ésta padecía de asma, enfermedad que le duraría toda su vida, y dudaba en seguirlas; mas, cuando por fin intentaba descalzarse escuchó *un fuerte viento,* cosa extraña en una tarde encalmada como era aquélla. Bernardita miró hacia arriba, pero no vio nada. Todo estaba tranquilo. Nuevamente se agachó para sacarse las medias, cuando por segunda vez percibió el extraño rumor.

Asustada, vio al incorporarse que, enfrente de ella se agitaba un arbusto como si lo sacudiera una fuerte racha de viento; y una hendidura o gruta natural que había al pie de la roca de Massabielle, surgía una nube dorada, y casi seguidamente una hermosísima *Señora,* de aspecto muy joven y bella, con dos rosas amarillas que se posaban sobre sus pies descalzos. Sus ojos eran azules y bondadosos; el cabello cubierto totalmente por un velo blanco, y blanco también su vestido como la nieve, ceñido el talle con una cinta azul. De su brazo pendía un rosario, todo de cuentas blancas, ensartadas en una cadena de oro. La Señora sonreía dulcemente, indicándole a Bernardita que se aproximara.

La niña no salía de su asombro. Semejaba aquello un cuento de hadas. Una niña, a la que le sale al encuentro una hada mágica en el bosque... ¿Quién sabe? Se restregaba los ojos para ver mejor y confirmarse de que no era pura ilusión o fantasía de estómago hambriento. Porque, en verdad, en la pobrísima mansión de los Sourbirous ¡se padecía tanta hambre! Nunca había bastante que comer, ni bastante calor en los muros húmedos del «cachot» (antigua prisión de Lourdes) que habitaban ahora —por pura misericordia de los acreedores— los Soubirous.

Pero, no; la *Señora* seguía estando allí. Sacando su rosario, la niña cayó de rodillas, y vio que la *Señora* también iba pasando las cuentas de su rosario y hasta decía juntamente con Bernardita: «Gloria al Padre...»

Inspiróle esto confianza; mas, cuando la *Señora* volvió a hacerle señas para que se acercara, la niña no se atrevió. Y entonces la *Señora* desapareció.

AGUA BENDITA, POR SI ACASO

Quedó la niña muy preocupada y confusa. ¿Quién podía ser aquella hermosa *Señora*? ¿Juana y Antoñita habrían visto algo? ¿Por qué no? Cuando las dos le prometieron secreto, ella les contó lo que había visto.

Mas, aquella noche, al decir como de costumbre sus oraciones Bernardita, empezó a llorar; y entonces Antoñita, la herma-

na menor, contó a su madre lo ocurrido en la gruta de Massabielle. *La pequeña había descubierto el gran secreto de su hermana.* Alarmada la madre, le dijo a Bernardita que olvidara esos sueños y que para nada volviera a la gruta.

Pero, ¿sería fácil para ella renunciar a ir allá? Una voz interior la impulsaba hacia allí. Antoñita y Juana lograron de la señora Luisa —la madre de Bernardita— que permitiera volver allí a su hija. Mas esta vez irían provistas de *algo maravilloso y eficaz* para alejar y protegerse de algún espíritu maligno o diabólico que intentara disfrazarse so capa de piedad. Dicho y hecho; al pasar por la iglesia, sacaron un poco de *agua bendita,* y al llegar a la gruta se arrodillaron a rezar el santo Rosario.

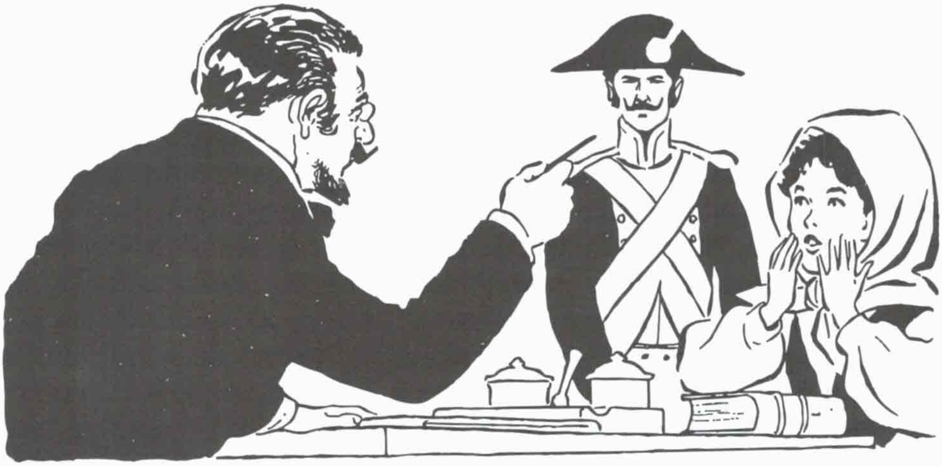
«Allí está y sonríe», exclamó en seguida Bernadita, toda embelesada. Entonces, tomando el agua bendita roció con ella el lugar donde estaba la Señora, diciéndole: «Si vienes de parte de Dios, quédate». Luego se arrodilló y quedó inmóvil, en éxtasis. Antoñita y Juana empezaron a llorar porque no veían nada y temían que Bernardita se muriese; tan quieta e inmóvil se quedó durante largo rato.

El milagroso manantial

A esta segunda aparición se sucedieron toda una serie de visiones, que cada vez despertaban mayor curiosidad en los vecinos de Lourdes y aun de los contornos, atraídos por las noticias que iban difundiéndose como reguero de pólvora. ¡Se aparecía una Señora en una gruta!

A la sexta aparición, el 21 de febrero, estuvo presente al lado de la niña el doctor Dozous, médico de gran nombradía pero muy incrédulo, que hubo de admitir, no obstante, que se trataba de un *fenómeno sobrenatural;* pues el pulso de Bernardita era normal, y su respiración tranquila, y con plenitud de facultades. Mas, los tiempos en Francia eran de odio contra la Religión y los sacerdotes, y las autoridades de Lourdes estaban decididas a cortar lo que llamaban ellos «estúpida superstición».

Se llevó a la niña al Procurador imperial para que declarase y contase todo aquello. Se intimidó al padre (que ya había esta-



do antes en la cárcel por acusación —aunque sin fundamento— de haber robado leña y pan) hasta el extremo de tener que prometer a la Policía que no permitiría a su hija frecuentar la gruta. No podía haber peor castigo para la niña. Toda la noche la pasó llorando, por lo que a pesar de su dureza de carácter —conmovido ante los lloros de su criatura tan angelical —la levantó la prohibición a riesgo de ser castigado por la Policía.

El martes 25 de febrero, ante unas 500 personas, la niña compareció en la gruta, y en seguida se presentó la Señora. Por orden suya, cavó con las manos un agujero en la tierra húmeda. Pronto se llenó éste de agua fangosa. Entonces la niña, recogiendo un poco de agua en el hueco de las manos, la bebió; lavosé cara y manos con la misma agua, y luego arrancando unas hierbas que crecían allí, las comió.

Esto último hizo que muchos creyeran que la niña no estaba bien de la cabeza y que daba con ello señales de estar trastornada. Más tarde manifestó Bernardita que la Señora se lo

había ordenado así, para someter a prueba su obediencia y fidelidad.

Aquel manantial fue aumentando cada vez de caudal, y hoy día —al cabo de un siglo— manan de este maravilloso y milagroso manantial *cuatro mil litros diarios*, siendo el más famoso del mundo. ¿Y cómo podrán explicar nunca los ateos e incrédulos que el agua de este manantial, sin propiedades minerales especiales —como tantos en el sur de Francia— haya podido producir más de cuatro mil curaciones debidamente comprobadas por una Oficina de médicos afamados de diversos países? ¡Cómo se ve la mano omnipotente de Dios para que resalte la santidad, pureza y bondad de su Madre, la Reina de los cielos!

«Yo soy la Inmaculada Concepción»

Hasta la fiesta de la Anunciación —25 de marzo—, Bernardita no supo quién era aquella hermosa Señora. Animada por su amabilidad, le preguntó por tres veces cuál era su nombre, a lo que Ella contestó juntando las manos y mirando al cielo:

—«Yo soy la Inmaculada Concepción.»

Esto era lo que quería saber el Párroco, Padre Peyramale, a quien tenían intrigado aquellas extrañas apariciones de la niña. Por fin estaba aclarado el misterio. Bernardita fue corriendo a él para transmitirle exactamente en «patois», su dialecto pirenaico (mezcla de español y de francés) la celestial respuesta. La niña no tenía entonces ni idea de lo que esas palabras significaban; pero el señor Cura y todas las personas piadosas *entendieron al punto su gran significado,* pues aún no hacía entonces cuatro años que el Papa Pío IX había proclamado solemnemente el dogma de la Inmaculada Concepción de María Santísima. La aparición de aquella Señora, diciendo que ella era «la Inmaculada Concepción» era una clara confirmación celestial de aquel dogma.

Dos apariciones más siguieron a ésta: la del 7 de abril y la del 16 de julio, fiesta de la Virgen del Carmen. Entretanto, el 3 de junio, Bernardita había hecho su Primera Comunión. Tenía entonces catorce años.

La gran Basílica

En julio de 1960 Bernardita fue recibida en el Hospicio de Lourdes, que era como medio escuela y medio hospital. Allí se instruyó y se le dio el merecido descanso para su delicada salud. Los primeros meses estuvo a las puertas de la muerte, a causa de una pulmonía.

Los visitantes se multiplicaron. Todos querían oír de sus labios los relatos de las apariciones de la Virgen.

Al cabo de cuatro años de las *apariciones* el Obispo de Tarbes declaró que *eran verdaderas,* y entonces las obras del templo mariano avanzaron notablemente. En 1864 se colocaba una estatua de mármol de la Virgen —tal como decía la niña que se le había aparecido— en la Gruta. Después, se fue levantando esa gran Basílica que hoy conocen y han visitado millones de personas de todo el mundo. Cada año acuden allí alrededor de un millón de peregrinos, con sus grupos especiales de enfermos.

La angelical niña que había tenido la gran dicha de ver en vida a la Señora y Reina del cielo no podía ser para los goces y pompas del mundo. Sentía en sí ansias de consagrarse a Dios en la Religión; pero le asustaba su pobreza y delicada salud. De pequeñita padecía ya aquellos ahogos que le anudaban la garganta. ¿Qué hacer?

Un día que el señor Obispo de Nevers fue a Lourdes le vino muy bien para decirle ella: «Soy pobre y no sirvo para ningún trabajo especial; por ello temo que no me querrán recibir en ningún convento». El bondadoso Prelado consoló y animó a la joven Bernardita. Más adelante era admitida en el Convento de Saint-Gildard, de las Religiosas de Nevers.

No sin honda pena se separó de Lourdes y de la inolvidable Gruta, que tanto amaba y que tan íntimos y celestiales recuerdos traía a su mente. ¡Cuántos beneficios singulares dispensados allí por la Madre de Dios!

Años más tarde, ya desde el convento, escribía a otra monjita que había conocido en Lourdes: «Ruegue por mí cuando vaya a la Gruta. Allí me encontrará, adherida —como la hiedra— a la roca que tanto amo». ¿No era éste el mayor sacrificio que podía pedírsele en vida a ella, más aún que dejar a sus propios padres?

Mas no fue fácil para Bernardita la vida religiosa. Su salud empeoraba de día en día, de modo que no podía ya seguir muchos actos de comunidad. Por otra parte, crecía continuamente el número de los visitantes y curiosos que querían ver a la joven que había tenido la dicha de contemplar a la Señora y oír de sus mismos labios aquel encantador y sublime relato. ¿No era esto una distracción para la joven monja

y una turbación para la sosegada vida del Convento? ¿No podría también servir de tentación de vanagloria para la siempre humilde Bernardita?

Había, pues, que cortar este *visiteo* indiscreto y no dar alas a la vanidad. He aquí cómo estas dos cruces (la enfermedad y la humillación) acabaron por purificarla totalmente, y labraron su definitiva corona, que la ha llevado finalmente a los altares.

Pío XI la declaraba Santa en la fiesta de la Inmaculada Concepción (8 de diciembre) del año 1933.

La Sembradora de Rosas

(SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS)

«Mira, papá, ¡mi nombre está escrito en el cielo!» Así exclamaba la niña Teresita Martín a los seis años de edad, contemplando en el firmamento las perlas de oro del *tahalí* o constelación de estrellas del grupo Orión que semejaban la forma de una T.

Sí que podía estar escrito su nombre en el cielo; porque del cielo parecía bajada esa graciosa y santa niña, y al cielo destinada.

Graciosa hemos dicho; a fe que lo era, tanto natural como sobrenaturalmente. De niña —lo cuenta ella misma en una *Vida* propia que por obediencia le mandó escribir la Superiora de su Convento—, cuando estaba dando en casa la lección a una profesora particular se presentaron dos personas de visita, y preguntaron en voz baja quién era aquella niña «tan bonita». Creían ellos que la niña no lo había oído; pero ella lo entendió muy bien, y más tarde reconocerá con una franqueza deliciosa que aquellas palabras elogiosas *le gustaron mucho*. Halago de mujer, ¿verdad? Pero, en Teresita esto era la realidad.

El Prelado monseñor Laveille, después de haber descrito en la biografía de la Santa sus virtudes, añade: «Todo esto, junto a sus dotes naturales, le daban un exterior encantador». También lo confirma la edición completa de la *Historia de un alma*,

publicada en Lisieux, que termina con este retrato físico de Teresita, ya mayor en el Convento: «*Era de alta estatura; tenía el cabello rubio, los ojos garzos, las cejas rectas y finas, la boca pequeña, los rasgos delicados y regulares. Su rostro, con blancura de azucena, tenía un perfil armonioso, bien proporcionado, siempre con una expresión de amable serenidad y de paz celestial*».

Pero, muchísimo mayor que la gracia natural de su encanto y atractivo físico poseía la sobrenatural, que completaba y embellecía aquélla.

JOYERÍA Y ENCAJES

La familia Martín era una de la principales de Alençon (Francia). Luis José Martín, además del trabajo de orfebre, ayudaba a su esposa en el comercio de puntillas y encajes. Si piadoso era él, mucho más aún lo era ella. Tanto su hogar como las muchas limosnas que repartían era buen testimonio de ello. Habían consagrado todos sus hijos a la Inmaculada Concepción. No habían tenido demasiada suerte en la prole; pues cuatro de sus nueve hijos habían muerto, apenas nacidos. Pero, lo que buscaban ¿no era criar hijos para el cielo? Consolábanse, pues, pensando que esos cuatro ya estaban aguardando allá arriba a los otros cinco que habían de ir llegando, a su tiempo, después.

Quedábanles ahora cinco hijas, para recreo y gozo suyo. No podían ser mejores. María, la mayor, buena y juiciosa. Paulina, la segunda, desde los trece años que hablaba de ser monja. Leonia que había recibido la Primera Comunión a los once años. Las otras dos, Celia y Teresita eran aún pequeñas... Por pequeña, Teresita —la benjamina— se llevaba siempre de sus buenos papás los mejores mimos y caricias. El señor Martín sonreía cuando hablaba de su pequeña, a la que llamaba cariñosamente «mi reinecita».

Desde sus primeros años mostraba Teresita su amor a la piedad. Hacía su oración como un angelito. Llevábanla a la iglesia desde la edad de dos años, siendo admirable el atractivo que mostraba a los Divinos Oficios. Y ella misma contará más tarde que «desde los tres años no había rehusado nada a Dios».

Mas no se crea que por ello no tenía sus defectos. Su madre en una carta hablaba de su terquedad: «Cuando ella dice *no*, nada puede hacerle ceder. Se le encerraría un día entero en el sótano sin conseguir un *sí*, y allí pasaría la noche».

Ella misma nos dice que tenía muy vivo su amor propio. Un día su madre para probar su orgullo le dijo:

—Teresita, si besas el suelo te daré cinco céntimos.

—Ah, no, mamaíta; prefiero quedarme sin los cinco céntimos, pero no beso el suelo.

Era ciertamente caprichosa e imperiosa; pero desde la más tierna edad aprendió a conocerse y dominarse. «Con una naturaleza como la mía —escribía ella más tarde—, si no hubiera sido educada por padres virtuosos, habría llegado a ser muy mala, y aun quizá me hubiera condenado eternamente.»

Esta educación esmerada logró ir dominando su carácter hasta cambiarlo poco a poco. «Así, por ejemplo, tenía la costumbre de no quejarme nunca cuando me quitaban algo mío; o bien, si me acusaban injustamente prefería callar, más bien que excusarme.»

«¡Para mí, Paulina será mi mamá!»

Feliz había sido hasta entonces Teresita. Pero ahora se iba a abrir un nuevo período en su vida: la segunda época. «A la que había de ser tan pronto esposa de Jesús tocábala sufrir desde la niñez, y el tierno cáliz de su flor iba a llenarse del rocío de las lágrimas.»

En efecto; un día, la tienda del señor Martín en Alençon no se abrió. Cuando los vecinos indagaron la causa, presto se enteraron de que su esposa había fallecido, tras larga enfermedad. Antes había ido también a Lourdes a pedir a la celestial Señora la gracia de su curación.

Grave luto para el señor Martín, y triste pérdida para las cinco hijas, de las cuales la menor —Teresita— sólo contaba cuatro años y medio.

Tan profundamente se le clavó esta espina en el corazón que, de expansiva y juguetona que era, volvióse tímida, callada

y demasiado sensible. Como estaba más encariñada con Paulina, la segunda de sus hermanas, se abrazó a ella y le dijo:

—¡ Para mí, Paulina será mi mamá!

La soledad en que quedaban sólo podía compensarse con el calor y las delicadas atenciones de la familia. Por eso, su padre determinó trasladarse de Alençon a Lisieux, donde vivía Isidoro Guerín, hermano de la difunta madre. Allí fueron recibidos todos con el afecto y cariño de sus tíos y el de sus primitas, Juana y María.

Al día siguiente, se trasladaron a una casa de campo, llamada «*Les buissonets*», situada en las afueras de Lisieux. La casa les pareció preciosa; tenía un hermoso mirador, que daba vista a un espléndido y extenso panorama. Había jardín delante y detrás de casa. La alegría de corretear por allí y de coger las flores de su agrado, suavizaban la pena de la orfandad de su madre.

A través de la naturaleza se enaltecía su espíritu. Así, sus primeros años se doran con la sonrisa de los jardines y las gracias de las praderas. Bien lo recordará más tarde cuando escribía: «Aún siento los goces profundos y poéticos que nacían en mi corazón a la vista de los campos de trigo esmaltados de amapolas, de azulinos y de margaritas. Ya entonces amaba yo las lejanías, el espacio, los grandes árboles; en una palabra, toda la

bella naturaleza arrebataba y transportaba mi alma a los cielos».

El cielo la atraía. «Recuerdo —dice— que la palabra *cielo* fue la primera que supe leer sola.» Un día, el cielo claro de la campiña se cubrió de nubes, y comenzó a rugir con fuerza la tempestad, acompañada de deslumbradores relámpagos. «Yo —dice ella— me volvía a derecha e izquierda, sin querer perder nada de aquel majestuoso espectáculo, y por fin vi caer un rayo en un prado cercano. Lejos de atemorizarme en lo más mínimo, me llené de contento, *pareciéndome que Dios estaba más cerca de mí*... Ya la hierba y las margaritas, más altas que yo, brillaban cuajadas de piedras preciosas, y desde allí contemplaba abajo los hermosos diamantes que formaban las gotas de agua sobre el césped de la pradera.»

«DETRÁS DE ESA REJA, HAY SANTAS RELIGIOSAS...»

A la edad de los seis años fue admitida a la Primera Comunión. ¡Qué íntima satisfacción y honda alegría para su alma encantadora! «Acordéme —dice ella— de haber oído decir que el día de la Primera Comunión se alcanza cuanto uno pide.» En dicho día pidió también por un pobre anciano, al que ella había querido socorrer con una limosna —como hacía con muchos pobres— en unos de los paseítos diarios que daba con su papá después de comer.

¡Con qué delicia recogía lindas florecillas, anémonas y orquídeas silvestres, formando con ellas ramilletes y perfumadas guirnaldas, que ofrecía en el rústico altarcito levantado en el hueco de una de las tapias del jardín a la Reina de las flores o al Dios de amor!

Nunca se olvidaban durante sus paseos de hacer una visita al Prisionero del Sagrario, adorándole cada día en distinta iglesia. Con este motivo, entraron por primera vez un día en la iglesia de las monjas del Carmen, y señalando su padre a las esposas de Jesús que dentro del coro se dedicaban a las alabanzas divinas, la dijo:

—¿Ves, reina mía? Detrás de esa gran reja hay *santas religiosas que alaban siempre a Dios.*

Esta frase tan inspirada de su papá hizo sentir en la niña el alto ideal de una vida consagrada enteramente a Dios. Algo más tarde, tres de sus hermanas se encerraban, una tras otra detrás de aquella reja. Ella no quiso ser menos. Desde pequeña que le rondaba esta idea. «Oía decir a veces —escribe ella— que Paulina sería *monja,* y sin saber a punto fijo lo que significaba esto, pensaba: *¡Yo también seré monja!* Este es uno de mis primeros recuerdos. Desde entonces jamás cambié de resolución...»

De sus excursiones campestres, ninguna gustaba tanto a la niña como cuando su padre la llevaba a pescar. Muy aficionado su padre a esta distracción, servíase de ella para ejercitar su cristiana caridad, enviando a las religiosas pobres Clarisas de Lisieux las anguilas y truchas que en su anzuelo caían. A Teresita gustábale más sentarse algo apartada sobre el florido césped. «Allí —dice— mis pensamientos se tornaban muy profundos, y sin saber lo que era meditar se sumergía mi alma en verdadera oración.»

Antes de acostarse rezaba las oraciones de la noche, arro-

dillada al lado de su papá, «al que no tenía más que mirar —dice— para saber cómo rezan los Santos». «Rezadas las oraciones —prosigue—, me acostaba mi madrecita (su hermana Paulina), y ya en mi cama le preguntaba invariablemente:

—¿He sido buena hoy? ¿Está Dios contento de mí? ¿Volarán los angelitos en torno mío?

La respuesta era siempre afirmativa; a no ser así, hubiera pasado la noche entera llorando.

Esta era su vida entonces, vida de virtud y estudio, que su papá estimulaba con la repartición anual de premios, a la que invitaba a toda la familia.

Si en sus estudios hacía tales progresos que llenaba de gozo a su buen padre, en la santidad adelantaba su alma maravillosamente. «A medida que yo crecía —dice ella misma—, amaba más a Dios; muy a menudo le ofrecía mi corazón, sirviéndome de la fórmula que me había enseñado mi difunta mamá: me esforzaba en *agradar a Jesús en todas mis acciones*, poniendo especial cuidado en no ofenderle jamás.»

Mas, la santidad de su vida y acciones no la retraían para nada de su vida infantil y corriente. Seguía las inclinaciones sanas de una niña de su edad, gustábanle los juegos propios de la infancia, gozaba con sus recreos y vacaciones, y manifestaba con las personas de su confianza aquella expansión sincera y franca que constituye el encanto de los niños.

Esta alegría debía transparentarse de tal modo en su rostro, que atraía con irresistible fuerza sobre ella las miradas de todos; y esto, lo mismo en la calle —donde los transeúntes mirábanla como fascinados por el encanto celestial que resplandecía en su persona—, como en el templo. Así, una piadosa anciana que frecuentemente había contemplado su angelical actitud en las procesiones y en la iglesia, decía como movida de una sobrenatural intuición: «Esta niña es un ángel; me extrañaría que viviera mucho tiempo; pero, si vive, oiréis hablar de ella más tarde como de una Santa». En ese mismo tiempo, una obrera que venía a trabajar a «*Les Buissonets*» pidió con insistencia que se le permitiera cortar un mechoncito de sus cabellos, que ella se llevó como un tesoro.

Colegiala de las Benedictinas

En 1881 Teresita ingresaba como colegiala en las Religiosas Benedictinas de Lisieux, en Nuestra Señora del Prado. Contaba ese Colegio entonces con sesenta alumnas, y se había educado también en él su hermana Leonia. Su aprovechamiento fue tal, que a pesar de ser la más pequeña de la clase era casi siempre la primera en las composiciones y deberes. Esto era causa de envidia y celos por parte de las demás que se vengaban luego de mil modos, mortificándola continuamente. Para su corazón sensible y generoso era esto motivo de harto sufrimiento; pero consolábase con sus primitas Juana y María, que iban entonces al mismo colegio. Sobre todo, María era su compañera inseparable; sus corazones entendíanse perfectamente, y unas eran sus aficiones y sus voluntades. «como si Dios nos hubiera hecho presentir —dice Teresa— que abrazaríamos un día la misma vida religiosa en el Carmen».

Ya antes de llegar fecha tan memorable, habíanse convertido «en dos verdaderas eremitas muy penitentes, sin más bienes que una pobre cabaña, un trigalito y un jardín donde cultivaban algunas legumbres», continuando sus ejercicios de oración y contemplación durante sus paseos por el campo, y hasta por la calle, por donde se empeñaron una vez en caminar con los ojos cerrados y muy agarraditas, para mejor imitar la modestia de los solitarios. Mal les salió el experimento de ir con los ojos cerrados, porque a los pocos pasos cayeron juntas sobre unas cajas colocadas a la puerta de un almacén, volcándolas de golpe, con la consiguiente cólera e irritación del dueño, quien les increpó furiosamente por su travesura.

Un día, su hermana Leonia vino a su encuentro con una muñeca y un canastillo de bagatelas.

—Elegid —dijo a sus hermanas.

Celina tomó un ovillo de alamares. Teresa, después de un momento de reflexión se apoderó de la muñeca y el canastillo, diciendo:

—Yo lo elijo todo.

Recordando esta anécdota, decía más tarde:

—Sí, Dios mío; yo lo elijo todo. Yo no quiero ser *santa a medias*.

Tenía, pues, la ambición de *lo mejor*. Por eso la idea de entrar religiosa en el Carmen de Lisieux se hizo en ella una obsesión, sobre todo después del ingreso de su «madrecita» Paulina en el Carmelo el 2 de octubre de 1882. No pudiendo contener la pena de su corazón, lloraba de tal modo que escribía más tarde: «Me parecía imposible que el sol pudiera continuar luciendo sobre la tierra».

En efecto; Paulina para ella lo había sido todo, su segunda madre. La ausencia de Paulina, sentida tan hondamente, minó su naturaleza, y poco después caía gravemente enferma de una enfermedad extraña, proveniente (en opinión de la Santa) de la envidia y de la rabia del demonio. En efecto; era un mal extraño. Deliraba con frecuencia, lanzaba gritos horrorosos y por todas partes veía precipicios y apariciones terroríficas.

Un día, estando ya en trance de muerte, dirigió su mirada a una estatua de la Virgen que había en su habitación. Súbitamente la estatua se animó, «tomando una expresión tan bella, que jamás se podría encarecer aquella belleza divina. Su rostro respiraba una dulzura, una bondad y una ternura inefables; pero lo que me llegó hasta el fondo del alma fue su arrobadora sonrisa».

Su hermosa cabellera rubia

Desde ese momento desapareció su mal, y nuevamente comenzó a pensar en el Convento del Carmen; pero todo el mundo le daba la misma respuesta:

—Eres demasiado joven.

Tenía catorce años, pero catorce años llenos y floridos. A su papá le revela un día su secreta aspiración. Aquel buen padre, que ya había dado dos hijas al Señor (María y Paulina), comprendió muy bien lo que significa la frase de Teresita, entrecortada de emoción:

—Papá, *el Carmelo.*

Significaba un tercer sacrificio, probablemente el más doloroso para él, porque amaba con delirio a su «reinecita». Cuando llegaron al cerco del jardín, el señor Martín le mostró unas

flores muy pequeñas, que parecían lirios en miniatura. Se inclinó para coger una de ellas con sumo cuidado y se la entregó a Teresita, explicándole con cuánto amor el Señor la había hecho florecer y la había guardado intacta hasta entonces. Ella comprendió al punto la intención de este acto de su papá, y leyó la historia de su propia vida en la historia de la florecita.

Un día su papá la sorprendió ante el espejo arreglándose su hermosa cabellera rubia. Extrañóle un poco aquello; pero al punto le vino a su mente un triste recuerdo: su benjamina se parecía ahora, ya mujercita, a su llorada esposa Teresa. El cabello tenía —como el de aquélla— un brillo de oro; sus ojos, ocupados en la tarea de vigilar cada onda del peinado, eran del mismo color azul diamantino.

—Papá ¿cómo me encuentras con este arreglo? ¿Te parece que el Obispo pensará que soy mayor, ahora que me echo el peinado alto? ¡Y quizás represente aún más edad si hago una voz grave!

En ver de contestarle por las suyas, su papá se limitó a besarla en la frente. Para sus adentros pensaría: «Ya sabía que estaba decidida a hacerse monja, pero no adivinaba que lo estuviese tanto».

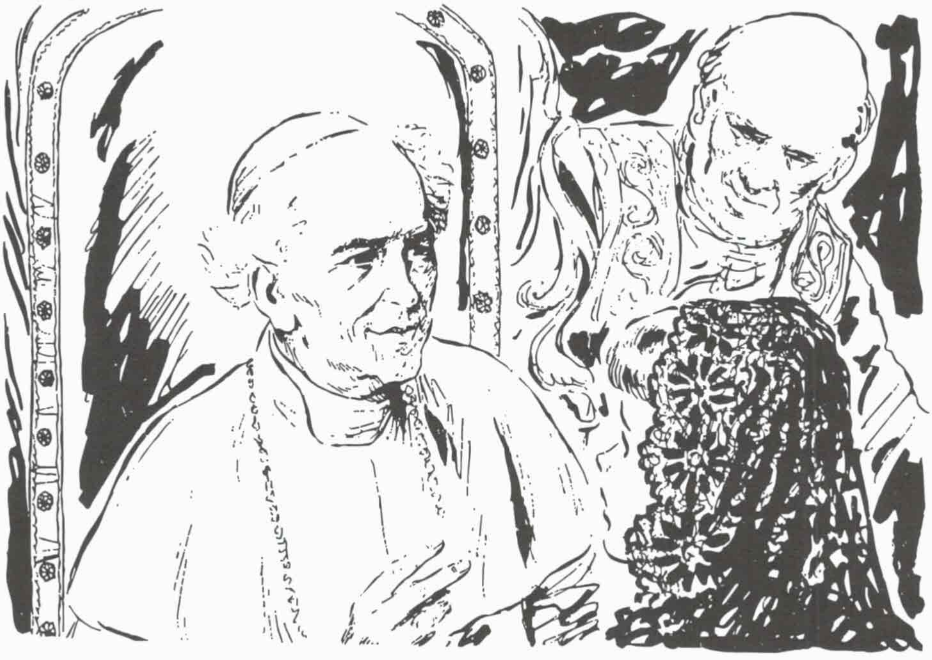
Fueron a ver al señor Obispo de Bayeux; pero la entrevista duró muy poco. Era demasiado jovencita; tenía sólo quince años. El Vicario General les recomendó que aguardaran a tener su tiempo.

Mas esto no les convencía. Planearon un viaje a Roma el señor Martín y sus dos hijas, Teresita y Celina. Irían a ver al Papa. Entonces lo era León XIII.

Por cierto que en ese viaje a Italia Teresita se vio agasajada por un joven, entre los muchos peregrinos franceses, y no

fue insensible a este homenaje. Siempre verídica e ingenua, dijo más tarde a este respecto: «Fue preciso que yo me marchara, porque no hubiera tenido ánimo para resistir largo tiempo». ¡Admirable Providencia de Dios, pues que por tan poca cosa se habría malogrado aquella *Flor del Carmelo*, y la «lluvia de rosas» que tras su muerte habría de beneficiar al mundo!

León XIII concedió a los peregrinos franceses audiencia general. Estos debían desfilar ante el Pontífice y besarle la mano; pero les quedaba prohibido el hablarle. Cuando le llegó el turno a Teresita, se arrodilló llena de angustia a los pies del Papa, los



ojos bañados en lágrimas, y haciendo un supremo esfuerzo por su natural timidez exclamó:

—Santísimo Padre, tengo que pediros una gracia muy grande.

«Entonces —dice ella— el Pontífice inclinó su cabeza hasta mí, tocando casi su rostro con el mío. Hubiérase dicho que sus negros y profundos ojos querían penetrar hasta lo más íntimo de mi alma.»

León XIII habló cariñosamente a la niña; pero en lo que se refiere a lo de obtener la *dispensa de la edad* para poder ser monja en el Convento del Carmelo —que era lo que a ella más le interesaba —la palabras del Papa fueron éstas:

—Vamos, vamos... Entrarás, si lo quiere el buen Dios.

Teresa quiso insistir; pero dos guardias nobles la cogieron por los brazos, y fue preciso continuar en Francia los trámites para lograr el ingreso en el Convento. Siempre el obstáculo era el mismo: su corta edad. Hasta que un día el cartero trajo para ella una carta de la Superiora del Carmelo. Con emoción abrió el sobre y quedó enterada de que el señor Obispo de Bayeux autorizaba su entrada *inmediata*, pero que ella no la admitiría hasta pasada la Cuaresma de aquel año. Tres meses todavía de espera...

AQUEL ANCIANO PADRE OFRECIENDO SU HIJA AL SEÑOR

Sus deseos se vieron finalmente cumplidos el 9 de abril del año 1888. Aquel día dio el último adiós al jardín de la casa paterna y al vasto mundo, que le había parecido tan bello entre los esplendores de las tierras italianas hasta el extremo de decir: «Cuando encerrada en el Carmelo no pueda ver más que un trocito de cielo, me acordaré del día esplendoroso de hoy». Acostumbrada ella a las brumas y cielo nuboso de Normandía, su tierra natal, se comprende bien que le gustara aquel cielo azul y soleado que ella había visto en su viaje a Italia.

Rodeada de todos sus queridos familiares, asistió a la Santa Misa. «Me dirigí a la puerta de la clausura. Abracé a todos los míos, y me puse de rodillas ante mi padre para recibir su bendición. Arrodillóse él también y me bendijo llorando. Debieron sonreír los ángeles ante el espectáculo de aquel anciano ofreciendo al Señor su hija todavía en la primavera de la vida. Se cerraron, por fin, las puertas del Carmen detrás de mí... y allí recibí los abrazos de las hermanas queridas que me habían hecho de madre (María y Paulina), y los de una nueva familia, cuya ternura y abnegación desconocen tanto las gentes. Por fin se habían realizado mis deseos».

Para el 10 de enero el señor Obispo de Bayeux fijó la fecha de la ceremonia de la vestición de hábito. Nada faltaba, ni siquiera la nieve que desde muy niña la embelesaba por su blancura. «Deseaba que la naturaleza —dice ella— vistiera como yo de blanco el día de mi nuevo hábito. Mi papá, que esperaba a la puerta de la clausura, vino a mi encuentro, y con los ojos llenos de lágrimas me estrechó contra su corazón, diciendo: «¡Ah, he aquí *mi reinecita*!» Y ofreciéndome luego el brazo, entramos solemnemente en la capilla. Aquel día fue su triunfo, su última fiesta en la tierra. Mi padre había presentado ya todas sus ofrendas; su familia *entera* pertenecía a Dios.»

Nueve años estaría en el Carmelo como religiosa, asistiendo puntualmente a todas las distribuciones de Comunidad y cumpliendo con todos los deberes de la austera regla de la Orden carmelitana. No sólo soportó alegremente aquel duro género de vida, sino que a veces pedía permiso para mayores rigores. Su alma de fuego se consumía bajo aquellas apariencias de regularidad y dulzura. Mas su organismo era menos fuerte que su voluntad. El Viernes Santo del año 1897, el Divino Crucificado quiso hacerla participante de la mirra de su Pasión, dejando una huella sangrienta en su pecho. Después de haber prolongado la oración hasta medianoche, se acostó muy fatigada. Al poco rato sintió subir una oleada de su pecho y hervir en su garganta. Por mortificación no encendió la bujía para ver lo que le había ocurrido, pero al día siguiente observó que su pañuelo estaba lleno de sangre. ¡Estaba tuberculosa! Mas no se asustó, sino que por el contrario se puso alegre, considerando que aque-

llo era «el dulce y lejano murmullo de la llegada de Cristo». «Ya nada me impide volar —decía— porque no tengo otro dedeseo que amar, hasta morir de amor.»

Así fue. Su salud empeoró rápidamente. Por aquellos días empezó a hablar de la «lluvia de rosas» que haría caer sobre la tierra después de su muerte.

Muerte de ardor

A la caída de las hojas, en el otoño, sucumbiría aquel minado organismo. No podía dormir. La enfermera solía encontrarla con las manos juntas y los ojos elevados al cielo.

—¿Qué haces así? —le preguntaba.

—Conversar con Jesús —respondía ella.

—Y ¿qué le dices?

—No le digo nada. Le amo.

—¿No tienes temor de condenarte?

—Los niños pequeños no se condenan.

Su agonía se prolongaba días enteros. De repente, un grito de amor, el último: «¡Oh, yo le amo!... ¡Yo os amo, Dios mío!»

Estas fueron sus últimas palabras. Luego, su cabeza se irguió de improviso. Su tez se puso fresca y rosada; sus ojos parecían mirar con arrobamiento un poco más arriba de la imagen de María. Luego se cerraron para siempre. Era el día 30 de septiembre de 1897.

La «lluvia de rosas» prometida empezó inmediatamente. Su «pequeña historia» o *Historia de un alma* recorrió el mundo, y un reguero de simpatía milagrosa contagió a millones de seres que se acogieron a su benéfica protección, la cual no cesa de dispensar hasta hoy a todos cuantos confiadamente a ella acuden.

Un lirio en la marisma del Agro Pontino

(SANTA MARIA GORETTI)

Una estrella del cielo se había entrado en el hogar de los Goretti, allá por el barrio de Presagna en *Corinaldo*, en la noche calma del 15 de octubre de 1890. Los padres, Luis y Asunción, eran los esposos más jóvenes del barrio, y también —¡oh, desdicha terrena!— casi los más pobres.

De noche vino aquella criatura, como un ángel; porque los ángeles, igual que los niños, prefieren para sus apariciones y sueños dulces la solemne quietud de la noche, el parpadeo de las estrellas, y traen paz y alegría.

Su padre, contento con aquella niña que venía a su hogar tras dos hijos varones, la elevó en alto en sus vigorosos brazos y la miró largamente para contemplar —entre aquel envoltorio de fajas y encajes— sus propias facciones. Mas, ¡qué poco podía pensar que entre sus manos encerraba un precioso relicario! *Marietta* la llamaría el señor Cura de Corinaldo al día siguiente, al derramarle el agua bautismal.

En el barrio y en Corinaldo todos conocían la casa Goretti. Cristianos a carta cabal, trabajadores honrados, vivían así, sencillos y serenos, sus días siempre iguales y dulces; porque estaban sazonados por el amor y el trabajo recíproco en bien de sus hijitos, que crecían robustos y sanos. Todos los domingos, los Goretti acudían a la iglesia parroquial con sus hijos en brazos o llevados de la mano. Y en los días de labor, las lomas vecinas resonaban con sus cantos melodiosos y sus risas cantarinas.

La esposa y madre —Asunción Carlini de Goretti— no sabía leer ni escribir; pero sabía manejar muy bien la hoz y la pala y preparar para su esposo e hijos sopa sustanciosa y alimentos sanos. Así, el fuego del lar sostenía y aumentaba tam-

bién el fuego del amor. En invierno, la aguja y el huso estaban entre sus dedos siempre en movimiento; y entretanto, desgranaba para sus hijos plegarias y enseñanzas maternales, sembrando en sus corazoncitos los primeros sentimientos religiosos que tanto habían de arraigar, hasta resistir airosamente las sacudidas del huracán pasional.

Seis años llevaban allí trabajando el matrimonio Goretti, cuando un día Luis dijo a su esposa:

—Ya lo ves. En esta casita y poca tierra que me dieron mis padres no podemos seguir. De lo nuestro sólo, no podemos vivir; ya hemos sufrido bastante. Tenemos que salir de aquí y ver si hallamos trabajo en otra parte para poder mantener la familia.

Fue entonces cuando emigraron hacia la campiña romana, arrendando una finca, primero en Paliano, y tres años más tarde en *Ferriere di Conca* —en la marisma del Agro Pontino— pequeña aldea situada a once kilómetros de Cisterna de Roma, y a cinco y medio de la ciudad de Nettuno.

A pesar de todo el cariño al terruño y al campanario que los vio nacer, aquella familia se veía trasplantada en fuerza de la necesidad a una población tras otra, recorriendo su penoso calvario hasta llegar a cierto terreno pantanoso, malsano y lleno de peligro, pero siempre más fértil que el de Corinaldo. Pocos

eran los que se llegaban hasta allí. Dueño de una gran extensión de aquella marisma, el Conde Mazzaleno arrendaba ésta por parcelas a los labradores que trabajaban para él. Al final de la cosecha se le rendían cuentas, y vuelta a empezar.

EN LA MISMA CASA CON LOS SERENELLI

El piadoso Luis Goretti, cuando por el crecido número de hijos —cinco tuvo en Corinaldo— se vio forzado a emigrar al Agro Romano estimó conveniente formar sociedad con un tal Juan Serenelli, viudo con dos hijos de 20 y 17 años respectivamente, firmando un contrato. Pero, bien pronto hubo de arrepentirse, porque a decir verdad el Serenelli por su índole, costumbres, principios y sentimientos, era *todo lo contrario* de la buenísima y cristiana familia Goretti.

La sociedad, empero, estaba formada estrechamente, y había que sostenerla. Teniendo los mismos trabajos e intereses, los dos socios de *Ferriere di Conca* de Nettuno tenían también la misma casa, aunque con habitaciones distintas y separadas por el centro; pero con la escalera y cocina comunes para ambas familias.

Como los Serenelli no tenían mujer en casa —ya hemos dicho que Juan Serenelli era viudo—, Asunta tenía que cargar con todo el trabajo doméstico de las dos familias. Más adelante la ayudaría su hija Marietta, al hacerse mayorcita. Los Serenelli bebían mucho, hablaban a voces y se insultaban entre ellos. Mal ejemplo para los hijos de Luis Goretti, a quienes su esmero educativo llegaba al extremo de que, cuando pequeñines aún, empezaban a pronunciar *pa-pá* y *ma-má*, los dos esposos se esforzaban impacientes por hacerles decir el dulce nombre de JESÚS, al mismo tiempo que les enseñaban a hacer la señal de la cruz y saludar las imágenes del Señor y de la Santísima Virgen, mandándoles un beso con su manita.

Lejos del pueblo Nettuno, Marietta y sus hermanitos no podían ir a la escuela. Esto tenía muchos inconvenientes. Allí no había escuela, ni iglesia, ni sacerdote. No sabrían de letra,

y tampoco aprenderían la Doctrina cristiana. Pero, podían seguir el ejemplo de su madre. Asunta aprendió el Catecismo de viva voz, y siendo ya madre recitaba largos trozos a sus hijos con absoluta seguridad, sin equivocarse, para que ellos también lo aprendieran.

CUANDO FALTA EL PADRE...

Un día Luis Goretti, padre ahora de siete hijos (de los cuales el primero, Toñito, había volado al cielo cuando apenas tenía ocho meses) hubo de retirarse del trabajo del campo por sentirse muy enfermo.

—¿Qué tienes, Luis? —le había preguntado solícita su esposa, mientras a su alrededor todo el coro infantil le espiaba con sus ojillos ansiosos y vivarachos.

—Me encuentro muy mal. Tengo frío...

Eran los primeros síntomas de la terrible fiebre malaria, la *fiebre del pantano*, que en su cuerpo habrían de complicarse con meningitis, tifus y pulmonía. ¡Era muerto! Y así fue. Luis bajó al sepulcro, dejando sumida en la orfandad a toda aquella numerosa familia. Pero, sus últimas recomendaciones después de recibir fervorosamente los últimos Sacramentos, fueron éstas:

—Asunta: siento dejaros cuando os hago aún tanta falta. Tan pronto paguéis las deudas al señor Conde, regresad a Corinaldo, allí a la pequeña casita cerca de la iglesia. Todos estaréis mejor. Los niños podrán ir a la escuela... Y vosotros, hijos míos, obedeced a vuestra madre.

Marietta, abrazada a su madre lloró mucho, porque amaba a su padre de todo corazón. Madre e hija le habían velado en la enfermedad. Pero, sobreponiéndose, volvió su vista a una imagen de la Virgen que había recogido la última mirada del moribundo, diciendo: «¡ Ya no tengo padre!»

La herida que su muerte produjo en su corazón no se cerró jamás. Tenía entonces diez años y medio. Como era la mayor de todos los hermanos, le tocaba a ella descargar a su madre del agobiante trabajo de la casa, y aun del campo. Además, como alguien había de ir a hacer las compras necesarias a Nettuno, iba ella con un cesto al brazo, tocada la cabeza con un

viejo pañuelo y descalza. En la Plaza Mazzini, de Nettuno, tenía lugar el mercado público. La pequeña era conocida y familiar ya a las ambulantes vendedoras de flores, frutos y verduras. Ella les vendía pichones y huevos, o las verduras y legumbres que con tanto sudor arrancaba del terreno pantanoso, y a cambio compraba lo que su madre le encargaba de comer y vestir.

—Pareces fatigada, Mariettina —le decía alguna que otra vendedora compasiva—. Es mucho camino, doce kilómetros de ir y venir, para tus años...

—Sólo es hasta que podamos pagar todo al señor Conde. Luego nos volveremos al pueblo.

No faltaban a veces algunos muchachos que la importunaban y se metían con ella, bromeando o riendo. Les cautivaba aquella niña mocetona, de campo, de bucles sedosos y dorados, modesta y sencilla, cándida como una paloma... Ella no era amiga de tonterías, y se escabullía de ellos como podía. Si a veces le decían alguna palabra elogiosa para ella, se sonrojaba fácilmente.

—Mirad, mirad, ¡qué bella es!

* * *

Al ir y venir parábase ante la puerta del cementerio, y arrodillándose, rezaba una oración por su difunto padre, bañada siempre de unas lágrimas de piedad filial.

Por él rezaba, además, todos los días, otras oraciones y el Santo Rosario.

La situación económica de los Goretti era cada vez más apurada. Marietta animaba a su madre a confiar en Dios que no abandona a los suyos. Cuidaba de las vacas, de las gallinas y del palomar, como pudiera hacerlo una persona mayor. Para sus hermanitos pequeños hacía de madre; ya que mamá Asunta había de ir al campo a trabajar como un hombre, para suplir al difunto esposo. El chico mayor apenas tenía 14 años. Los duros trabajos que Marietta ejercía contribuyeron a su extraordinario crecimiento y desarrollo corporal; en estatura le llegaba a su madre a los hom-

bros. Pero también la orfandad del padre la había hecho crecer en madurez y reflexión, hasta el extremo que las comadres del lugar la llamaban «donnina» (mujercita). Decíanle a veces a la madre:

—¡Qué ángel de hija tiene usted! Si se le dice alguna cosa, responde modestamente, sigue derecha su camino y no se detiene con nadie.

Y en verdad que Marietta era un ángel, el ángel de la familia. Levantábase temprano y, después de sus oraciones acostumbradas, hechas a solas primero y después con sus hermanitos —a los que había enseñado a rezar—, con espíritu de verdadera abnegación (superior a su edad) hacía todos los trabajos de la casa propios de una mujer mayor.

Si le daban algún dulce u otra cosa apetitosa, no lo probaba sin antes haber dado parte de ello a su familia; y si no había para todos, prefería quedarse sin nada para que no hubiera lloros y discusiones.

La primera comunión

Ya dijimos que todo lo que Marietta sabía de Doctrina cristiana y oraciones lo había aprendido de oído de su madre. Sólo en la preparación a la Primera Comunión recibió durante once meses la instrucción de la señora Maestra de Conca, y también la del sacerdote que los domingos iba desde Cisterna a Conca a decir la santa Misa. Los últimos días tuvo un Padre Pasionista, especializado en preparar a los niños a recibir por vez primera a Jesús Sacramentado. Dios se valió de este santo misionero rural para disponer mejor aquella alma angelical. Y fue este Padre —el P. Jerónimo de San Miguel— el que le dio la Primera Comunión y el que en la plática de la Misa les recomendó especialmente el amor y la guarda de la santa pureza, exhortándoles a hacer un *firme propósito de defender su alma virginal*, como si hubiera adivinado lo que había de suceder poco tiempo después.

Si no recibió la Primera Comunión antes, no fue por falta de ganas, sino por diversas razones. Un día le había dicho:

—Mamá, ¿cuándo voy a hacer la Primera Comunión? Quiero recibir a Jesús.

—Corazón mío, ¿cómo la vas a hacer si no sabes bastante Doctrina, si no sabes leer, si no tengo dinero para hacerte el vestido ni para comprarte los zapatos y el velo?

—Pero, mamá querida —repuso la niña—; entonces no voy a hacer nunca la Primera Comunión. Y yo no quiero vivir sin recibir a Jesús.

La Divina Providencia lo arregló todo para colmar los deseos de la angelical niña. Almas buenas le regalaron el vestido, el velo, los zapatos, la corona de flores y hasta el cirio que había

de ofrecer en la iglesia; y su madre acabó de engalanarla con sus propios pendientes y su collar coralino de novia. Toda ilusionada prometió a su madre aquel fausto día:

—Sí, mamá; seré cada día mejor.

Y sí que lo fue. La divina gracia fue fructificando en su inocente alma, bien que sólo cuatro veces pudo acercarse a recibir a Jesús Sacramentado. Al no haber iglesia ni sacerdote por allí cerca, se dificultaba aún más su deseo de recibir a su amado Jesús. La quinta Comunión de Marietta sería ya a modo de *Viático* en el Hospital de Nettuno...

ANTES MORIR QUE PERDER MI PUREZA

Dijimos más arriba que los Goretti habían hecho sociedad con los Serenelli, y juntos convivían en la casa de campo. Del viejo Serenelli declaró Asunta más tarde que era de conducta moral muy poco recomendable; pues si su hijo Alejandro Serenelli se pervirtió con las malas lecturas, era su mismo padre quien le traía revistas y periódicos obscenos siempre que iba a Nettuno.

De pequeño, Alejandro era bueno; ya mayorcito se prestó gustoso a enseñar a leer a Marieta para que así pudiera mejor prepararse a la Primera Comunión. Y rezaba muchas veces incluso el Rosario con los Goretti.

Marietta correspondía a este afecto fraternal con un cariño ingenuo, inocente y sincero. Le arreglaba la habitación y la ropa, y aun se privaba de parte de la comida que ella necesitaba para que Alejandro tuviese el alimento necesario para su rudo trabajo.

Mas aquellas lecturas deshonestas que le traía su padre de Nettuno fueron emponzoñando el corazón de Alejandro, y Marietta empezó a notar en su mirar, en su hablar y en todo su ser un profundo cambio. Alejandro no era ya ciertamente el de antes; su corazón estaba podrido, y las pasiones le dominaban.

Marietta se puso en guardia. Alejandro, prevaliéndose de la confianza e intimidad, quería abusar de ella. Al principio se lo insinuó vagamente; luego, de modo más abierto y claro quiso incitarla al pecado. La niña resistió valerosamente:

—No; esto no se puede hacer. Dios no lo quiere.

Desde aquel día el afecto de Alejandro por Marietta se convirtió en odio. La amenazó con matarla a ella y a su madre si le descubría sus intenciones.

Entonces durante todo un mes la lucha fue tremenda, íntima, secreta; pero la persecución de Alejandro era constante. El gavilán acechaba a la inocente paloma para clavar en ella sus garras. Oraba sin cesar Marietta a la Santísima Virgen, y le había prometido ir a visitar su santuario en Nettuno al día siguiente...

En esto llegó el día de la inmolación. Era el 5 de julio de 1902. Caía fuerte el sol cuando eran las tres de la tarde. Alejandro había preparado con toda astucia su diabólico plan. Aquella tarde Marietta debía remendarle una camisa, y estaba en casa con una hermanita pequeña de dos años. Todos los demás estaban trillando habas en la era con dos parejas de bueyes uncidos a dos trilladoras. Alejandro que guiaba una de ellas, dijo de pronto a la madre de Marietta: «Asunta, guíe usted un poco mientras voy arriba un momento a casa».

A los pocos instantes, Marietta y el forzudo Alejandro se batirían en lucha desigual. Marietta estaba en el descanso de la escalera remendando la camisa, y Alejandro la llamaba una

y otra vez para que entrara en la cocina; pero ella, temiéndose la emboscada, replicaba:

—¿Para qué? ¿Qué es lo que quieres?

—Tú ven acá.

—¡No! Si no me dices lo que quieres, no voy.

Como un relámpago cae sobre ella Alejandro, y por tercera y última vez le propone el pecado. Marietta, con decisión, casi con fiereza, se niega resueltamente:

—No, no. Esto es pecado. Alejandro, no me toques... Dios no lo quiere... ¿Qué quieres hacer? Mira que te vas al infierno. Dios no quiere eso.

Apela entonces él a la fuerza. Ciego de rabia coge un hierro que él mismo se había hecho afilar y la amenaza con matarla si no cede a sus exigencias. La niña resiste heroicamente:

—No, nunca. ¡Señor, Señor! Tú lo sabes. Antes morir que perder mi pureza.

Por fin el hierro se hunde hasta catorce veces en la carne inmaculada de Marietta. Por algunas de sus tremendas heridas le salen los intestinos. Cuando el asesino cree haberla matado, sólo entonces cesa en su feroz ataque.

El viejo Serenelli que estaba tumbado echando la siesta al pie de la escalera, sobresaltóse al primer grito aterrador de la niña herida. Subió ágil como nunca, hasta donde se oían los gemidos y voces. Allí, junto a la puerta de la cocina, blanca como la nieve, flotando sobre un mar encarnado de sangre, estaba Marietta, la mártir de la pureza. Y no lejos de allí, jadeante, despeinado, con la mano derecha manchada en sangre, su hijo Alejandro...

Pronto fueron acudiendo todos. Cuando madre e hija se vieron frente a frente terminada la tragedia, a sus lloros desconsolados Marietta contestaba balbuciendo:

—Ha sido Alejandro... Porque quería que cometiese un pecado feo, y yo no he querido.

Lleváronla al Hospital de Nettuno. Aún sobrevivió veinticuatro horas. Un religioso la confesó. Le dieron la sagrada Comunión por Viático. Murió perdonando y orando por su asesino.

* * *

Dios quiso glorificar muy pronto al *Lirio de Corinaldo*. El 27 de abril de 1947, mamá Asunta presenció la beatificación de

su hija; y —cosa única en la Historia de la Iglesia— presenció también la canonización el 24 de junio de 1950, cuando el Papa Pío XII la declaraba SANTA en plena plaza de San Pedro, abarrotada de gente. Allí, en una de las ventanas de la Basílica todos pudieron ver una anciana llorando de emoción. ¡ Era mamá Asunta, la madre que tan bien había educado en la pureza a su hija, ahora declarada SANTA y MÁRTIR!

ÍNDICE

Presentación 5
1. FLOR DE SANGRE ENTRE COPOS DE NIEVE (Santa Eulalia de Barcelona) 7
2. EL DELIQUIO DEL AMOR EUCARÍSTICO (Beata Imelda Lambertini) 17
3. LA PRIMERA ROSA DE AMÉRICA (Santa Rosa de Lima 27
4. LA AZUCENA DE QUITO (Santa Mariana de Jesús de Paredes) 39
5. LA NIÑA QUE VIO A LA «SEÑORA» (Santa Bernardita Soubirous) 57
6. LA SEMBRADORA DE ROSAS (Santa Teresita del Niño Jesús) 65
7. UN LIRIO EN LA MARISMA DEL AGRO PONTINO (Santa María Goretti) 81
Bibliografía 93